

# NÚMEROS COMPLEJOS

Carlos María Romero Sosa

**Lázaro** Gómez tenía muy pocos años en los tiempos finales del primer decenio peronista, cuando todavía se hacían desfiles aéreos en la Argentina. Cierta día, su madre, para presenciar uno de esos acontecimientos aeronáuticos que solían ser el broche de oro de las celebraciones patrias o de alguna jornada de la liturgia justicialista, subió a la azotea en el séptimo piso del edificio donde habitaban, llevando a Lázaro en brazos. Él nunca recordó el detalle de lo que se conmemoraba ni casi ningún otro acontecido por entonces, pero sí fantaseó a menudo con una mezcla de renovado vértigo y de reconstruida emoción lo que debió ser el descubrimiento de la lejanía al divisar la ciudad desde la altura.

Corría la mitad de los cincuenta de la pasada centuria y para entonces uno de los edificios de departamentos más altos de ese rincón porteño del Barrio Norte o Recoleta, era el que ocupaban los Gómez en la calle Laprida entre Las Heras y Gutiérrez. No cabe duda que la perspectiva que se ofrecería sesenta y tantos años atrás desde tamaña elevación, hoy pequeña de cara a las múltiples torres que rodean la vieja construcción aún en pie, debía mostrar un panorama indescriptible al punto de conmover así a un espíritu infantil. Al este la banda nublada del río, más cerca las arboledas de los parques de Palermo y al fondo, mirando hacia la zona norte, se prolongaban indefinidamente las casas bajas, algo que permitiría dominar manzanas y más manzanas hasta divisarse próximos y lejanos a la vez los estallidos de malvones y santa ritas de los barrios del borgeano Viejo Palermo y de Belgrano.

Por supuesto que acercándose a los tres años de edad, esas coordenadas ciudadanas nada le dirían. Sin embargo, ni el fijar los ojos absortos ante la serranía de la Ventana desde el coche comedor de un tren un año más tarde, cuando viajó con su abuela a la bonaerense Bahía Blanca, ni el descubrimiento del Atlántico en las playas de Mar del Plata en la primera adolescencia, ni su inicial vuelo en avión rumbo a España ya veinteañero, ni su aventura en parapente en Acapulco, ni el paisaje canadiense ofrecido desde la Torre CN de Toronto, ni el panorama

de la selva guatemalteca del Petén desde el último peldaño de un templo maya en Tikal, ni la grandiosidad siciliana advertida desde las estribaciones del Etna, marcaron su espíritu tanto como esa extensión porteña abierta frente a sí y divisada afirmado sobre los brazos maternos. Era el primer diálogo mudo con un orbe que parecía obsequiársele generoso en un tiempo de Gracia, concedido antes que lo curtieran las experiencias de la ajenidad del mundo.

Con su empecinada costumbre de volverse cada vez más breves a medida que se avanza en edad, fueron pasando los años sobre Lázaro Gómez, que un amanecer de febrero se asumió septuagenario. Poco antes, otra mañana de mediados de julio de 2020, mientras escuchaba por televisión las noticias sobre la inminencia de la aparición de vacunas contra el Covid-19, tosió y tosió. El consiguiente hisopado en el Hospital Rivadavia le reveló inapelable que había contraído el coronavirus. Aunque apostaba con optimismo a su buen estado físico, su condición de deportista y el hecho de no haber fumado nunca, como los mejores antidotos contra el mal planetario.

Tuvo que aislarse en su departamento de un ambiente con orientación al sur y asumir que el frío invernal ponía el marco más desagradable a la situación, toda vez que los primeros días la pérdida del olfato y el gusto lo incomodaban más que algún grado de fiebre. De noche, entre las cuatro paredes, anhelaba enfrentarse con cielos abiertos y territorios ilimitados y la recurrente imagen —o la idea resultante de una imagen lejana y reconstruida mil veces— de aquel primer descubrimiento de Buenos Aires desde una azotea, que fue más que todo el hallazgo de la extensión como absoluto con sus condimentos de ausencia y soledad, lo llenaba de nostalgia y turbación. ¿Cómo puede algo quedar tan grabado en un chico? ¿Y qué más le fueron agregando los años a esa visión?, se interrogaba afebrado.

A poco, el inicial optimismo sobre la positiva evolución de su Covid fue cediendo ante el agravamiento de los síntomas y hubo que trasladarlo a una clínica de su prepaga después de fatigosos trámites. Intubado y con mal diagnóstico, en el estado de sedación su mente retrocedía



hasta la primera edad. Pero le llegaba distinto aquel chispazo recurrente en su memoria del plano ciudadano dilatado hasta el horizonte. Algo se había modificado; por de pronto su propia imagen, no ya la de aquel pasivo observador de un paisaje interminable de casas bajas con patios con baldosas rojas y malvones florecidos.

Recibió por fin el alta médica y regresó a su casa, a sus libros y a su sillón de lectura de espaldas al ventanal. Un anochecer, sentado en él, fijó su vista en la pared frente a sí. Advirtió que se transparentaba y desaparecía invitando intemperies, abierto el paso hacia la soledad de la cuarentena. Y Lázaro, no el niño lejano que fue, sino el adulto mayor que era ahora, no lo imaginaba, recorría otro Buenos Aires desconocido hasta que en un posible inquilinato que debía estar bastante más allá de la Penitenciaría Nacional que hizo demoler Frondizi en 1961, de la que advirtió sus torreones con guardianes a la luz de la chispa de un fantasmal tranvía, traspuso la puerta cancel y se halló enredado entre la ropa blanca tendida en un patio. Estaba seguro que no soñaba; más bien se sospechó muerto cuando al mojarse los labios en la gotera del piletón de granito, sintió un frescor desconocido.

Qué agua tan amable, se admiró intuyendo que le tocaba ahora, al revés de lo acontecido hacia sus tres años de edad, descubrir en la brevedad de un viejo patio no ya extensión alguna, sino medir al milímetro los saltos del canario en su jaula colgada de una pared descascarada. Y que debía testimoniar la obsesiva cascada de la gotera que podría horadar el granito, la baldosa y ahuecar el mundo haciéndole perder su eje de rotación. Golpeó con los nudillos una y otra vez las puertas vidriadas que daban al lugar sabiendo de antemano que ninguna se abriría.

Detrás de un limonero le sonrió su Ángel Custodio para convencerlo que seguía vivo y que como tal debería seguir guiándolo en la tierra por la buena senda. Lázaro Gómez precisó toda la fuerza, algo así como la suma de las veces que lo sostuvo en brazos su madre, para dar los primeros pasos, en tanto más que avanzar con ellos se desarrugaba el tiempo ante sí y se objetivaba en espacios a la medida de

su travesía por ese patio caído con su contorno bajo topadoras más de medio siglo atrás para dar lugar a un edificio en torre.

Interrogarse por lo increíble de la situación sospechó que podía romper el prodigio. O el hechizo. ¿En qué suspenso había caído? ¿De sí o ajeno? Como quien ordena prioridades, se dio a reconocer cada lugar de ese recodo de reminiscencias que se iba edificando ladrillo por ladrillo con la materia prima de su propio tiempo retrospectivo. Solo que ahora había perdido para siempre la visión de conjunto y lo anonadaba el derrotero de las nervaduras de cada hoja de las macetas y de cada punto del abrigo de lana que estaba recostado en el respaldo de una mecedora de mimbre.

En detalles así ocuparía su memoria a estrenar, mientras se iba apagando la resonancia de la porción de ciudad que se le presentó desde una azotea, entremezclada con toques de malvones y santa ritas. Y ello justo en el momento —aunque no recordaba ese detalle ni casi ningún otro acontecido por entonces— cuando la vibración al pasar una escuadrilla de aviones a reacción Gloster Meteor adquiridos por el presidente Perón a Gran Bretaña después de la Segunda Guerra, fracturó el tiempo, por de pronto el de Lázaro, y detuvo el reloj pulsera de su madre que lo sostenía en brazos sintiendo junto a sí los latidos de su corazón infantil, acelerado por el asombro de la lejanía. La planicie de un Buenos Aires extendido al infinito que ahora debía reconstruir nervadura por nervadura de las hojas en ese patio emergido del ayer y verdeante como un brote silvestre entre el roto o arrugado transcurrir de su vida. ■

---

**Carlos María Romero Sosa** (Buenos Aires, 1951). Ensayista y crítico literario argentino, viene ejerciendo el periodismo cultural en su patria y otros países de América desde su primera juventud. Becado por el Instituto Argentino de Cultura Hispánica cursó estudios de posgrado de filología española en la Universidad Complutense de Madrid, entre los años 1979 y 1980. Es autor de veinte libros de poesía y prosa y de numerosos opúsculos. Ha pronunciado conferencias en la Argentina, España y la República Dominicana, a cuya Feria Internacional del Libro fue invitado en varias oportunidades por el gobierno de ese país. Es abogado y ejerce la docencia superior y universitaria, esta última como docente de Filosofía del Derecho.